

XXI

Francisco Miguel Espinosa

XXI

Francisco Miguel Espinosa



1.ª edición: abril 2011

© Francisco Miguel Espinosa, 2011

© Ediciones B, S. A., 2011

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-4741-0

Depósito legal: B. 5.660-2011

Impreso por NOVAGRÀFIK, S.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Dedicada a Alex,
a Ferran, a Nacho, a Juanjo
y a Laura, mi Laura*

Podemos estar felices de saber que el futuro nos pertenece completamente.

ADOLF HITLER

LA LUCHA

—Cuéntamelo otra vez —dice la niña sin brazos—.
¿Cómo empezó todo?

El viejo suspira y la mira con ternura mientras arrastra sus pies por el arcén de la carretera.

—Yo vi la primera explosión desde la calle. Acababa de salir del tren.

—¿Y cómo fue?

—Como ver el cielo caerse. Todo rojo y humeante.

—¿Y qué hiciste?

—Correr —dice el viejo mientras suspira y acaricia la cabeza de la niña. En realidad es joven, no tiene más de treinta años, pero el peso de la vida le ha envejecido terriblemente—. Correr y esconderme.

—¿Y cómo me encontraste a mí?

Se queda en silencio unos segundos y rehúsa responder. Continúa arrastrando sus viejas botas por el terreno irregular y echando de vez en cuando una ojeada a la niña, que camina a paso más lento. No tiene brazos y las mangas le cuelgan inertes a ambos lados de su diminuto cuerpo. Él cojea de cansancio. Hace días que no duerme, que casi no come y que respira ese aire infecto que les rodea y les enferma.

—Tenemos que darnos prisa y salir de este banco de niebla.

—No me has respondido —dice la niña—. ¿Cómo me encontraste a mí?

—Amelia, tenemos que darnos prisa.

La niña corre un poco y se pone a su lado. Él la mira y sonrío, una sonrisa apenas perceptible por la barba encanecida que cubre su cara. La niebla verdosa les rodea como un vapor mortal, condensa el aire y hace del caminar una necesidad vital; no pueden dejar de moverse, deben permitir que su cuerpo se llene del vapor mortal para caminar y llegar a allí adonde se dirigen, a ninguna parte.

—¿Quién me puso ese nombre?

El muchacho agarra una de las mangas vacías de la niña y la lleva a su lado.

—Te lo puse yo.

—¿Tengo cara de Amelia?

—A mí me lo parece, ¿a ti no?

—Sí, bastante. —La niña sonrío con gracia y los ojos se le llenan de la alegría propia de una criatura inocente.

Habían tardado casi un año en llegar por el canal de la Mancha, que, aunque estaba medio derruido, todavía comunicaba Inglaterra con el viejo continente europeo. Cruzarlo andando fue toda una proeza, pero no era imposible cruzar el océano con Amelia en brazos. Una vez llegaron, encontraron más de lo mismo: desierto allá donde miraban. Las explosiones habían sido más numerosas y devastadoras y los vapores campaban a sus anchas en el aire. Algunas ciudades aún se resistían a ser borradas por completo del mapa y los edificios más antiguos de la historia se mantenían casi en pie. Los rascacielos habían sido los primeros en venirse abajo.

—¿Dónde estamos, Luis?

- En algún lugar de España.
—¿Y por qué hemos venido aquí?
—Porque aquí nací y me crié yo.
—¿Veremos tu casa?
—No lo sé. Tal vez sí.

Por lo menos, el ambiente es mucho mejor que en el norte. El poco calor que aún queda en el planeta se concentra en la península. Amelia se quita uno de los abrigos que tiene puestos tirando de él con la boca. Aunque sabe que puede hacerlo sola, Luis se acerca para ayudarla. Sabe que ella es mucho más fuerte de lo que parece, mucho más que él. Luis piensa que en los tiempos que corren se necesita más gente como Amelia.

La tierra árida y gris da paso a los escombros de lo que una vez fue asfalto. Luis levanta la vista y ve una extraña forma en la lejanía, como un monolito que se levanta en el horizonte. Es un edificio que alguna vez fue blanco e imponente y que ahora se contorsiona sobre sus cimientos aguantando un peso invisible que cae del cielo y le hace doblarse.

- Es un edificio, ¿no?
—Sí, pero no un edificio cualquiera.
—¿Lo conoces?
—Sí.

Cuando llegan al edificio se quedan boquiabiertos por lo que ven. Pese al paso de los años y al cruel trato de las inclemencias del tiempo, sigue siendo alto y majestuoso. Luis suelta su mochila en el suelo y empieza a subir por las escaleras medio derruidas.

- Esto es el Museo del Prado —dice.
—¿Qué es un museo?
—Un edificio donde se guardaban las obras de arte.
Luis saca de su mochila un dibujo que un día Amelia

le pintó con los pies y lo observa con detenimiento. Es lo más bonito que ha visto en años.

—Vamos a dejarlo en el museo. ¿Quieres?

—¡Claro!

—Pasaremos la noche aquí, así te contaré cosas de los museos y las pinturas.

—Genial.

Luis carga de nuevo la mochila a sus hombros, se acerca a Amelia y le acaricia la cabeza. Al retirar la mano, se lleva consigo un largo mechón de pelo.

—¿Me estoy muriendo? —pregunta Amelia.

—Sí.

—¿Y tú?

—También.

2

Amelia abre los ojos y se despereza poco a poco. Luis lleva horas despierto, sentado en el suelo del museo, con un pequeño fuego encendido a sus pies. Amelia se levanta y le da un beso en la mejilla. Luego empieza a girar sobre sí misma, mirando los detalles de las paredes que les cobijan. Podían intuirse las siluetas de marcos invisibles en las paredes, marcos de obras de arte que estaban allí colgadas esperando ilusionar al viajero. Ahora las paredes son prácticamente negras y el polvo acumulado no permite ver casi nada. Las nubes de vapor verduoso que surcan la calle apenas penetran en el ala del museo en la que Luis y Amelia han pasado la noche.

—¿Quieres desayunar? —le pregunta Luis.

—Me muero de hambre.

—He encontrado algunas latas por ahí.

—¿Se pueden comer?

—Creo que sí. Las he calentado y no están mal.

Mientras comen, ninguno de los dos dice nada. Sentados sobre el suelo sucio del museo, con las grietas de las paredes y los pocos cuadros que quedan como testigos, el desayuno resulta reconfortante. Es alentador sentirse se-

guro aunque sea por un rato y ambos los agradecen. Ninguno de los dos lo dice, pero han pasado más miedo del que podrían haber pensado y el camino hasta ese santuario no ha sido fácil. Cuando terminan, Luis se levanta, recoge los utensilios de cocina y las mantas y lo guarda todo. Luego, ayuda a Amelia a colocarse la mochila, atada por una tira de cuero a las piernas. La mira durante unos segundos y piensa que, si ella no existiese, él no tendría un motivo para seguir caminando y su mundo sería mucho más pequeño de lo que ya es.

Los pasillos del museo les devuelven el eco de cada paso que dan. De las paredes aún cuelgan algunas de las más importantes obras de arte de la historia, suspendidas como trapos. Amelia observa cada detalle de las pinturas y lo memoriza para poder imaginar un mundo que nunca llegó a ver. Luis ya había estado en el museo de niño, con su clase del colegio, en momentos y circunstancias muy diferentes. Mientras camina recuerda que una vez, hace ya mucho tiempo, todo fue sencillo y bonito, todo tuvo color y alegría. Entonces la gente se quejaba del mundo en que les tocaba vivir. Y ahora todos los que se quejan están muertos y los vivos no se sienten con fuerzas para dar gracias.

—¿Tú ya habías venido? —pregunta Amelia.

—Sí, cuando era pequeño.

—¿Cuándo tenías mi edad?

—No lo sé, no lo recuerdo.

—¿Cuántos años tengo?

—Nueve.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Esas cosas son importantes.

—¿Incluso ahora?

Luis tarda en responder. ¿Qué es lo importante ahora? La supervivencia, la comida, protegerse del frío y de la

radiación, sobrevivir a toda cosa. ¿Hay tiempo para los cumpleaños? ¿Hay tiempo para el amor?

—Incluso ahora.

Cuando viajó a América, Luis estaba seguro de lo que era importante. Ya hacía más de diez años que había bajado del avión con una guitarra colgada a la espalda, convencido de que la fama era importante y de que América era el país de las oportunidades. Antes de que el futuro les pillase desprevenidos a todos, Luis sabía perfectamente que el presente era lo importante. Y ahora el futuro era un basto desierto.

—Luis, ¿cómo me encontraste?

—No quiero hablar de eso ahora.

—Pero esa historia me gusta, Luis. Cuéntamela otra vez.

—Ahora no.

Suena un ruido y ambos se detienen de golpe. Escuchan las pisadas de alguien que camina por los mismos pasillos que ellos con pasos firmes y tranquilos, quizá vaya armado. Amelia siente el miedo recorrerle la espina dorsal, le tiemblan las piernas y los ojos le lagrimean. Luis la abraza y ambos se esconden debajo de un montón de escombros. Desde ahí oyen cómo los pasos avanzan hacia ellos y contienen la respiración. La mente de Luis empieza a recordar. Se ve a sí mismo saliendo del metro. Ve el cielo volverse rojo y después verde. Siente los empujones de la gente que empieza a gritar y correr y ve su guitarra cayendo al suelo pero no alcanza a cogerla. No llega, por más que lo intenta.

De repente, Amelia grita. Luis sale de su trance y ve que una mano está tirando de la niña. Enseguida se pone de pie y empuja una masa corpulenta y blanda.

—¡Eh, tranquilo, tío! —dice el desconocido con mar-

cado acento español—. No iba a hacer nada, pensé que la niña estaba sola.

—Es mi hija.

—No te había visto, pensé que estaba sola. ¿Necesitáis algo?

—Estamos muy bien —responde Amelia.

—Me alegra saberlo. Yo me llamo Carlos. ¿Y tú cuántos años tienes?

—Once —responde Luis—. Tiene once años y tenemos que irnos ya.

Luis le hace un gesto con la cabeza a Amelia y empiezan a caminar alejándose de él. Luis no está seguro de que se lo haya creído, pero no ha tenido tiempo para pensar nada mejor. Mira hacia atrás un par de veces y se asegura de que el tipo se vaya con sus asuntos a otra parte. El museo no es un lugar seguro, pero no han encontrado nada mejor.

—Lo más probable es que hoy llueva —dice Luis, sentado sobre unas telas en la segunda planta—, así que pasaremos aquí otra noche más.

—¿Por qué le dijiste que tengo once años? ¿Por qué le mentiste?

—Porque hoy en día no nacen muchos niños y los que nacen son inmunes a ciertas cosas. ¿Me entiendes?

—¿Yo soy inmune?

—No lo sé seguro, pero no quiero que nadie lo averigüe por la fuerza. Amelia, si alguna vez me pasara algo no le debes decir a nadie tu verdadera edad, ¿vale?

—Vale.

Durante su segunda noche en el museo el silencio atormenta a Luis y no le deja dormir. Si aquel tipo no está

solo y tiene verdadero interés en Amelia podría volver con más hombres. Si antes la gente ya desconfiaba de los otros, ahora es peor: se matan, se roban y a veces incluso se comen.

Luis vuelve a pensar en el día de la explosión, en su guitarra y en la canción. Acariciaba las cuerdas de su guitarra como si estuviese haciendo el amor con ella, tocaba en los pasillos del metro, viendo a la gente pasar. Algunos le miraban y pasaban de largo, otros dejaban caer una moneda y él seguía tocando sin importarle la gente que le mirase o la gente que le ignorase. A veces, no se iba hasta que cerraban el metro. Y tocaba una y otra vez la misma canción, la canción que había compuesto en su hogar, antes de embarcarse en esa aventura. Era la canción más bonita que había compuesto y posiblemente que compondría nunca, era un canto a la esperanza. Esa canción era todo lo que ahora mismo necesitaba el mundo. La canción se llamaba *Amelia*.

La había compuesto ese mismo verano, cuando compró el billete de avión para Estados Unidos. No era exactamente una canción de amor, porque no estaba inspirada en ninguna chica real, sino más bien una canción sobre el futuro. En aquellos días en que el futuro solía ser sinónimo de esperanza y no de muerte. Amelia era la mujer elegida, lo mejor que le pasaría en la vida, su mitad perfecta. El día que la encontrase, su vida estaría completa. La letra decía que sabía que allí fuera estaba Amelia esperándole. Cantaba «*Voy lo más deprisa que puedo*» y sabía que, en algún lugar, también ella corría hacia él. Ambos se necesitaban, ambos se mirarían a los ojos y sabrían que se conocían desde siempre. «*¿Me esperarás, incluso cuando parezca que no existo?*»

Aquel día, un tipo con traje pasó frente a él y se quedó

a escuchar *Amelia*. Cuando Luis terminó de tocar, el tipo no le echó una moneda, sino una tarjeta. Y se fue. Luis la recogió y vio un número de teléfono al lado de una inscripción en relieve: «agente musical». No se lo podía creer. América era el país de las oportunidades, y su futuro, más prometedor que nunca. Y entonces salió del metro. Y el cielo explotó ante sus ojos. Y los edificios empezaron a caer y su guitarra se deslizó por su hombro y cayó al suelo. Pero no pudo agacharse a recogerla. Miles de personas pensaron que el metro sería un lugar seguro y arrastraron a Luis con ellos. Y la guitarra se quedó en el suelo. Ese día, perdió la esperanza de encontrar a Amelia.

—Pero te encontré.

—¿Qué?

—Nada. Pensaba en voz alta.

Buenos días, supervivientes. Al habla Fox. Espero que despertéis con la esperanza de vivir un día más y de hacer todo lo posible por sobrevivir. Esta mañana me gustaría recordaros que la vida y la muerte son algo indivisible, sin muerte no habría vida. Que nadie pierda la esperanza, éstos no son días grises, son días de lucha. Ahora estáis en lo alto de la escala social, sois más poderosos que nadie porque estáis vivos. Buenos días, supervivientes.

La voz sale de la radio que tiene Amelia. Escucha cada palabra sin pestañear, sin mover ni un solo músculo, como si le fuese la vida en ello. Luis rebusca en su mochila, saca una tortita de avena y ayuda a Amelia a comérsela. La niña sigue mirando la radio, aunque la voz ha dejado de escucharse. Luis ni siquiera se molesta en apagarla.

—Esta mañana parecía de buen humor.

—Él siempre está de buen humor.

—¿Crees que alguien habrá llegado hasta él?

—No creo, ya se habría encargado de retransmitirlo.

Está loco.

—Tiene comida y libros, y seguramente camas para dormir y medicinas.

—No necesitamos todo eso.

Entonces Luis sufre un ataque de tos imposible de disimular y escupe sangre sobre el suelo polvoriento. Amelia le mira mientras mastica su torta de avena.

—Sí que necesitamos medicinas.

—Aunque le encontrásemos, no creo que nos las diese.

—No parece malo.

—Lo es.

Palabras como «comida» y «supervivencia» han cobrado un significado diferente después de las explosiones. El mundo se fue reduciendo a cenizas, pero fue un proceso largo que dejó a la gente sin esperanza. Luis ayuda a Amelia a vestirse y repasa sus provisiones mentalmente. Dentro de pocos días empezarán a pasar necesidades.

—¿Cómo era esto antes, cuando eras niño?

—Casi no lo recuerdo. Era amarillo.

—¿Amarillo?

—Recuerdo que antes siempre hacía mucho sol.

—¿De qué color era el cielo?

—Era azul. —Luis sonrío y sigue caminando, llevando a Amelia sujeta por la manga hueca—. Era más azul que ninguna otra cosa.

Del museo no queda casi nada y lo que se resiste a ser borrado lucha contra el tiempo. La piedra ahora es negra, las ramas de las plantas dejaron su marca y se marcharon. El tiempo sigue pasando y el museo parece el limbo, sin presencia terrenal es apenas un suspiro, una sombra, un fantasma.

El sol se oculta tras las nubes de vapor tóxico y es imposible distinguir en qué momento del día se encuentran.

Amelia camina pegada a Luis y de vez en cuando mira a su alrededor, temerosa de volver a encontrarse con alguien, recordando las palabras de Luis. ¿Acaso es la única niña que ha nacido después del fin del mundo? ¿O habrá más niños como ella? Si hay más deberían ser llamados los Niños del Apocalipsis.

—¿Yo no me muero porque tengo más resistencia al vapor que tú?

—Es posible.

—¿Por haber nacido después de las explosiones?

—Tal vez.

—No quiero que tú te mueras antes, Luis.

—Escúchame, cariño, no permitiré que te pase nada malo. No voy a morir.

—¿Me lo prometes?

—Aún no voy a morir, ¿de acuerdo?

La mayor certeza que se puede tener, respirando la muerte a cada paso que das, es que mañana estarás más muerto que hoy. Si vives en un mundo muerto no puedes pretender seguir vivo.

Luis y Amelia se sientan a descansar en las ruinas de una estación de tren. La cúpula de cristal y hormigón casi se ha derrumbado por completo y forma un semicírculo, parece medio circo romano. El vapor se filtra entre las grietas de la piedra, la poca luz solar que llega se refleja en la cara de la niña y su piel empieza a volverse translúcida. Sus manchas marrones, que antes parecían sólo pequeñas pecas, ahora se extienden en su rostro como océanos de petróleo inundando su pureza cristalina. Es el cáncer, abriéndose paso a través de la vida de la niña, consumiéndola por dentro, matándola día a día. Luis ayuda a Amelia a comer. Es la última lata de comida que les queda.

—No has comido nada.

—No tengo hambre.

—Luis, ¿qué haré si tú te vas?

Ésa era una frase de la canción. «¿*Qué haré si tú te vas?*» Día a día, Luis se ha planteado esa misma pregunta, mirando a la dulce niña sin brazos. Repite para sí mismo toda la letra de la canción, la recuerda perfectamente. Sigue siendo sólo un recuerdo, pero sigue ahí, intacta. La última vez que la cantó, el mundo se estaba yendo a la mierda. Millones de personas llegaron a la conclusión de que el metro sería el lugar más seguro. Dentro del subsuelo, casi no se podía respirar, por las escaleras caían decenas de cuerpos que se dejaban arrastrar hasta los túneles. Todos corrieron despavoridos y se refugiaron en el interior de la tierra. Las luces se apagaron, en los pasillos se oían los ecos de los gritos de miles de personas. Algunos murieron pisoteados, otros, asfixiados. Otros corrieron y se alejaron de sus seres queridos. Muchos perdieron más en ese momento de lo que perderían años después. Luis corrió como los demás con dos imágenes en su cabeza: su guitarra abandonada en el suelo y el cielo ardiendo.

«¿*Qué haré si tú te vas?*»

Ambos escuchan casi a la vez el sonido de una trompeta. Luis se levanta alarmado. Amelia lleva un rato con los ojos abiertos, mirando en dirección a las ruinas del centro de la ciudad. Un convoy de gente tirando de carros camina por entre los escombros. Desde la estación derruida, no puede verse gran cosa. Luis, sin hacer ruido, intenta trepar a lo alto de unas rocas. Hace visera con las manos y ve a las personas responsables del ruido, uno de ellos toca una trompeta tal vez para llamar la atención de quien esté escondido. Pero ¿con qué propósito? Tiran de carros contruidos por ellos mismos, parecen buscar víveres. Luis mira a Amelia y se muerde los labios. Una

niña es un trofeo muy succulento, especialmente para los hombres, que son mayoría en el grupo.

—Tenemos que escondernos.

—¿Por qué?

—No sé qué intenciones tienen, pero no voy a quedarme a averiguarlo.

—Pueden tener comida y a lo mejor quieren compartirla.

—No lo creo, recojamos nuestras cosas, nos vamos.

Luis carga con las mochilas y dan un rodeo a la estación demolida, pasando de nuevo frente al museo y dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Los pasos lejanos del grupo de gente aún se oyen en el silencio del día. El vapor es más denso en esa zona. Por desgracia, la ciudad está mucho más entera de lo que se esperaban. A cada paso que dan sobre el hormigón y el asfalto levantado, encuentran un cuerpo inerte, un esqueleto, un cadáver a medio consumir. Aquí no hay pájaros carroñeros que agilicen el trabajo, ni tierra que se los trague. Sólo el humo verde y la inmundicia de la ciudad. Amelia avanza con la boca cerrada y muy pegada a Luis, que aguanta una arcada. También hay fetos, esqueletos con los huesos deformados, sin cavidades oculares o con algún miembro de más, cadáveres de adultos cuya piel aún se adhiere al hueso, como un pellejo marrón parecido al cuero. Algunos cuelgan de las ventanas de los edificios, retorcidos sobre sí mismos, a punto de desplomarse. Luis aprieta el paso y Amelia le sigue.

—Cierra los ojos.

—Demasiado tarde.

—Cierra los ojos. Por favor.

Amelia obedece y se deja llevar. El olor es nauseabundo, la densa niebla verde no les deja respirar. Luis tapa la

boca de la niña con un pañuelo mugriento, pero sabe que no pueden seguir así, el vapor tóxico les llega directamente a los pulmones. Alguna vez, eso fue el centro de Madrid. La ciudad es ahora un fantasma. Luis sabe que les observan, que hay demasiadas ventanas, demasiados edificios que no han terminado de caerse, demasiados lugares donde esconderse. Amelia solloza un poco cuando sus delicados pies tocan la cabeza calcinada de un feto. Luis mira a su alrededor y busca un sitio donde refugiarse. La noche pronto les caerá encima y siente la mirada de mil ojos clavándose en su nuca.

—Tenemos que escondernos.

—¿Por qué? —Amelia parece asustada.

—Creo que hay alguien.

—¿Los que hemos visto esta mañana?

—Tal vez. No te separes de mí.

El eco de sus pasos resuena en la ciudad hasta que otro sonido se alza en el silencio. Es un disparo que proviene de uno de los edificios y que pasa silbando al lado de la oreja de Luis para luego impactar en el hormigón. Instintivamente, tira de la cabeza de Amelia y consigue que se tumbe en el suelo. Otro disparo hace diana contra una señal de tráfico, retorcida y casi derretida, fundida con el asfalto. Se arrastran hasta que consiguen meterse en un portal y esperan. Ambos disparos venían de lo alto, desde puntos diferentes: son varios, pueden verles y la altura les da ventaja. Luis mira frenéticamente hacia todas partes, buscando cualquier indicio de vida y de movimiento en los edificios. Pero no ve nada. No son aficionados, tienen armas potentes, y saben perfectamente lo que hacen. Echan a correr escaleras arriba y se adentran en el edificio, buscando cobijo. Los peldaños casi se caen, los escalones seguramente no soportan el peso de nadie desde hace años. De los seis

pisos originales del edificio, sólo quedan dos en pie, no es suficiente para colocarse a una altura ventajosa sobre los disparos, pero es lo que hay. Luis sostiene a Amelia, dispuesto a tapar la trayectoria de una bala con su cuerpo.

—Quiero que camines lo más agachada posible.

—¿Qué ocurre? —Está muy asustada.

—Escúchame, quiero que camines agachada. ¿Puedes hacerlo?

—De acuerdo...

Amelia se agacha y recuesta su cuerpo sobre el de Luis. Éste camina de costado, tapando la trayectoria de los disparos que puedan proceder de las ventanas, de las grietas kilométricas abiertas en la fachada del edificio. Se recuestan sobre el suelo y esperan, conteniendo la respiración. Amelia llora en silencio y Luis tiembla de terror. Pero no puede permitirse temblar, no puede permitirse tener miedo, porque la niña depende de él.

—Escúchame, no va a pasar nada. Se irán.

—¿Quiénes son? —dice llorando.

—No lo sé, pero se irán.

—¿Seguro?

—Confía en mí.

Del exterior llega el sonido de una tormenta. Llevan agachados varias horas a ras del suelo, en la misma posición. Sean quienes sean, quizá ya se han ido, pero Luis sabe que no puede correr ningún riesgo. La noche puede ampararles en su huida, pero el día se resiste a morir. Y si empieza a llover no hay techo que les cobije. Tendrán que salir de su escondite antes de que se vaya la luz. Es una carrera contra la lluvia, contra el tiempo y contra la muerte. Luis cierra los ojos y, por unos instantes, deja de sentir

el vapor en la cara y vuelve a pensar en años atrás, cuando no tenía un motivo para sobrevivir. Antes de Amelia.

Los túneles del metro estadounidense se convirtieron en el reinado de la anarquía. Cientos de miles de personas buscaron refugio allí. El sistema de ventilación y el alumbrado de emergencia aún funcionaban y el oxígeno era un bien escaso. A los pocos días de estar allí abajo, los insurrectos Hijos del Caos se hicieron con el control.

Un tipo alto y delgado, que respondía al nombre de Hammer, se proclamó Señor de los Túneles y empezó a racionar la poca comida que les quedaba. Nadie sabía lo que había ocurrido, pero tampoco se atrevían a salir para descubrirlo. Escuchaban con atención, en busca de alguna señal de vida, y cuando el mundo se quedó completamente en silencio, Hammer ordenó cerrar las puertas. Las rejas metálicas sepultaron a la gente y les condenó a vivir bajo su ley.

—Aquí yo soy la ley. —La voz de Hammer todavía resuena en la cabeza de Luis, como si la estuviese escuchando—. Y todo aquel que no acate mis normas será castigado. Para sobrevivir, debéis someteros.

Luis hubiera dado lo que fuese por su guitarra, por poder tocarla una vez más. Silbaba la melodía de *Amelia* para mantenerla viva en su cabeza. Cuando la comida se acabó y los siervos de Hammer se volvieron más violentos, la gente empezó a perder la esperanza y las ganas de vivir. Los suicidios eran diarios. Al final ya nadie lloraba las muertes. Alguien caía sobre las vías del tren, se dejaba morir dentro de un vagón de metro o simplemente se rajaba las venas sentado en las escaleras, y nadie se sorprendía. El hedor de los cadáveres era el único aire para respirar. Y, en lugar de llorar a los muertos, decidieron comérselos.

Otro disparo hace que Luis vuelva a la realidad y ten-

se todo su cuerpo para proteger a la niña. El disparo ha sonado cerca, demasiado. Han delatado su posición. Luis puede ver el destello de un arma de fuego refugiarse en la oscuridad de las ruinas. Mira a su alrededor y ve a Amelia intentando alcanzar su mochila con la pierna lo suficientemente estirada como para dejar ver su diminuto pie. Les han localizado. Otro disparo pasa todavía más cerca y Luis sabe que no durarán mucho tiempo allí escondidos. Se incorpora y vuelve a cubrir a la niña con su cuerpo. Si recorren unos metros de distancia deslizándose por el suelo hasta la acera podrán correr y esconderse. No hay una gran variedad de sitios seguros, pero aún lo pueden conseguir, si corren en diagonal y logran alejarse de los disparos.

Otro disparo impacta en la pared, a pocos centímetros de Luis, y hace que le piten los oídos. Deben correr, no hay tiempo para cálculos. Protege a Amelia con su cuerpo y echan a correr. Si llegan, si llegan. Todo debería ir bien.

Pero nada va bien. Antes de llegar Luis oye otros tres disparos, y siente tres agujas clavándose en su espalda. Las balas salen limpiamente por su pecho sin dar a la niña y le abrasan por dentro. Después se derrumba y ya no puede levantarse. Mira a la niña, como miró a su guitarra, y extiende la mano sin poder alcanzarla.

Todo se vuelve negro.

Sentado en las vías del tren, frías y muertas al contacto con la piel, Luis esperó a que alguien fuese a por él. Hammer liquidó a todos los insurrectos, y se vanagloriaba por ello. Los túneles del metro se habían convertido en su patio de recreo y, entre esas paredes, él gozaba de absoluta impunidad. La gente no resistió el hambre, la enfermedad y la soledad. Cuando el suicidio no era una opción, pedían a Hammer que acabase con sus miserables vidas. Se ofrecían como alimento. Después de unos meses, no hubo más hambre, al menos para todos los que se doblegaron y aceptaron comerse a sus iguales. Luis fue uno de ellos.

Era eso, o la muerte.

La muerte debía ser algo parecido al metro. La oscuridad profunda, imposible de penetrar con la mirada, avanzando en línea recta hacia ninguna parte. Hammer situó la capital de su nuevo imperio en la misma estación de metro por la que habían bajado. El canibalismo les ayudó a prosperar, a alzarse hegemónicamente. Hammer tenía un arma, un rifle de largo alcance. La única arma que quedaba bajo tierra, lo que sorprendía a Luis sabiendo que estaba rodeado de estadounidenses. Tal vez sea un estereoti-

po, pero Luis pensaba que todos los americanos escondían dos o tres armas bajo la ropa. Pero el rifle de Hammer imponía la ley. Imponía el orden. La dictadura del fuego unilateral. Una guerra perdida.

En algún lugar del exterior, la guitarra de Luis seguía tirada en el suelo. Y en algún lugar del subsuelo, Luis pasó el primer año de su nueva vida silbando la canción en cada esquina, haciendo un esfuerzo por recordar la melodía, aunque tal vez nadie volviese a escucharla. Temía a Hammer y los suyos, y se mantenía lo más alejado que podía, sin perderse en la red de metro. Sólo se acercaba cuando era llamado, y para comer. Para comerse a la gente con la que había convivido, con la que había compartido el aire. El aire. Entonces, lo supo con certeza. Todo estaba relacionado, y nadie allí abajo se había dado cuenta.

El aire.

Los conductos de ventilación funcionaban, pero extraían el aire del exterior. No lo limpiaban, sólo lo filtraban. Eso no bastaba. El vapor tóxico había ido llenando la estación desde hacía un año. Lo habían respirado, se habían impregnado sus cuerpos con él y después se habían comido los cuerpos de los infectados. Durante una de las comidas, Luis decidió soltarlo.

—Nos estamos comiendo a gente enferma —dijo.

—¿De qué hablas? —dijo Hammer.

—El vapor del exterior.

—¿Qué vapor?

—Lo que causó todo esto fue de origen nuclear. El vapor verdoso que respiramos es gas tóxico.

—Eso es pura mierda —dijo Hammer, y siguió comiendo.

—Nos comemos el cáncer de la gente.

Luis abre los ojos y un escalofrío le recorre la espalda y le baja por la espina dorsal hasta las piernas. Después llega el dolor ardiente, profundo. Escupe sangre y se da cuenta de que tiene las manos atadas, encadenadas y extendidas. Le duelen las muñecas, así que probablemente lleve tiempo en esa postura. Todo está oscuro, lo que no quiere decir que sea de noche. Su primer pensamiento es para Amelia. No hay señales de la niña y lo último que puede recordar es haberla protegido con su cuerpo. No estará herida, pero eso tampoco quiere decir que esté bien. Tiene el torso y la espalda vendados, de manera rápida y descuidada, pero lo suficientemente bien como para haber detenido la hemorragia. Se pregunta si aún tendrá balas en su interior. Las piernas le cuelgan, casi muertas, rozando con la arena. Se encuentra dentro de una jaula atornillada al suelo por uno de los lados. ¿Dónde está Amelia?

De pronto, oye un grito. Un grito de niña. Y voces de hombre. Deprisa, deprisa, deprisa. Mira a su alrededor y no distingue nada en la oscuridad, sólo un chorro de tenue luz artificial que se cuela por una apertura. Está en una tienda de campaña, o algo parecido. ¡Qué estúpido! Tiene asentado un campamento, un maldito campamento en el que puede haber decenas de personas, y no se ha dado cuenta, ni siquiera se lo planteó. Deprisa, antes de que sea muy tarde. La desesperación le impide pensar lo suficientemente rápido, escucha más gritos, no hay duda de que es Amelia. Su pequeña Amelia, a merced de varios hombres. Tira de las cadenas que le sujetan las manos y grita. Grita de desesperación e impotencia.

—¡Es una niña!

Joder, sólo es una niña. No puede hacer nada, ahora no. Lo siento, Amelia, te he fallado. Entra un hombre en

la tienda de campaña y el chorro de luz le da directamente en la cara. De pronto se da cuenta de que no come nada desde hace días, que está herido y que no podría hacer nada si consiguiese escapar. Debe de haber varios hombres, armados, y él sólo es un pobre diablo, muy enfermo y débil. El hombre que entra en la tienda arrastra algo por el suelo con una mano. Dios. Arrastra a Amelia, cogida del pelo, inconsciente, dejando un reguero de sangre a su paso. Suelta a la niña cerca de la jaula y se da media vuelta. La niña sangra por entre las piernas. Dios, la han violado. Luis lanza otro grito e intenta golpear la jaula con las piernas. El hombre vuelve y le golpea en la cabeza con la culata del rifle que lleva.

Y de nuevo, la oscuridad.

Había pasado más de un año y la gente dispuesta a ofrecerse para ser comida se empezaba a agotar. Era cuestión de tiempo que se lo comiesen a él. Le colocarían la cabeza sobre la vía del tren y le golpearían con una barra de hierro. En esos días, tosió sangre por primera vez. El vapor que llegaba al metro por el conducto de ventilación era denso y verdoso. Era vapor tóxico, liberado tras las explosiones, transportado por el huracán *Herman* desde las costas del Pacífico al interior del país. En cuestión de días, Estados Unidos se llenó de gas. Después todo voló por los aires. Luis sentía la enfermedad crecer dentro de él, el cáncer, abriéndose paso en su cuerpo, lento pero incansable. Algo debía haber fuera, no podían haber muerto todos.

Una noche, se levantó y se dirigió hacia Hammer, que dormía. Y trató de arrebatarse el arma. Durante el forcejeo, el rifle se disparó una vez y alcanzó a Hammer en el

estómago. Luego, tuvo que dispararle hasta que dejó de moverse y quedó tendido en el suelo, más inerte que una piedra. Y Luis no sintió nada. No sintió pena ni alegría. Simplemente ocurrió. A punta de rifle, ordenó a dos de los secuaces de Hammer que le abrieran la puerta de la verja que daba al exterior. Subió un tramo de escaleras y cuando llegó al exterior ya no quedaba mundo. Ya no quedaba nada.

—Luis, ya no me duele, pero me siento un poco rara.

—Se lo haré pagar, te lo prometo.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—No mucho, cariño, no mucho.

—¿Vamos a morir?

—No.

—No quiero que me lo vuelvan a hacer.

—No van a tocarte otra vez, te lo prometo.

—¿Y si lo hacen?

—Los mataré. No te preocupes, tengo un plan.

No tiene ningún plan, pero debe hacer algo. Debe pensar.

—Luis.

—Dime.

—Cuéntame cómo me encontraste.

Luis sonríe. Amelia ha dejado de llorar.

—De acuerdo.

Matar. Matar. Matar. Era todo lo que ocupaba su mente después de acabar con Hammer. Se había convertido en un asesino, ahora formaba parte de la destrucción, del nuevo mundo, y no se sentía culpable. Respiró el aire contaminado de la atmósfera y se sintió verdaderamente enfermo. Había salido por la misma boca de metro en la que se había refugiado. Y su guitarra no estaba allí. Ya no habría tiempo para los acordes, sólo la supervivencia. Y para matar. Matar. Matar. Matar.

Las heridas de las balas le arden, le empiezan a sangrar las muñecas y ya no siente las rodillas. Vuelve a escuchar gritos y puede entrever por una rendija una especie de tienda de campaña. Por suerte no es la voz de Amelia.

—Han encontrado a otra chica. Le están haciendo lo mismo que a mí. Luis, tenemos que hacer algo.

—No podemos.

—¡Tenemos que ayudarla!

Luis cierra los ojos apenas un minuto. Es cierto. Tienen que hacer algo. Se están cebando con la pobre chica y posi-

blemente después le vuelva a tocar a Amelia. Tiene que desatarse como sea. Es ahora o nunca, igual que con Hammer. Tiene las manos atadas al techo, intenta dar vueltas para romper las cadenas. Da vueltas y vueltas en el mínimo espacio que la jaula le permite, con los ojos de Amelia clavados en su nuca y con los gritos de la pobre chica, violada y golpeada a pocos metros de donde se encuentra.

—¡Date prisa! —susurra Amelia.

—Ya lo intento.

—Luis.

—¿Qué?

—No saldremos vivos de ésta...

Y entonces, la cadena se rompe y hace un ruido sordo cuando cae sobre el suelo. Las rodillas de Luis golpean la arena y se despellejan. Como la jaula está mal atornillada al suelo, de un solo empujón consigue levantarla y lanzarse a abrazar a Amelia. Entonces otro grito desgarrar el silencio. Luis sabe lo que tiene que hacer. Matar. Matar. Matar.

—Quédate aquí.

—No quiero.

—Por favor.

—Quiero estar contigo.

—Esta vez no. Quédate aquí.

Amelia obedece, y se acurruca en la penumbra de la tienda. Luis coge una barra metálica que hay cerca del mostrador y mira una vez más a su hija. Podría ser la última vez que la ve. Cada instante de su vida podría ser el último. Abre la tienda con la mano y sale corriendo, gritando. Matar, ésa es la premisa. Entonces ve el cuerpo de una chica sangrando profusamente por la vagina y a varios hombres con los pantalones por las rodillas y los miembros erguidos. Levanta la barra de hierro mientras

corre hacia uno de ellos y la deja caer, con todo su peso, sobre la cabeza de su primera víctima elegida al azar. Sigue golpeando a diestro y siniestro y escucha los huesos rompiéndose. Cada gota de sangre que cae al suelo re-tumba en sus oídos, es como si oyera miles de trompetas infernales, todo un coro de muerte que le agujerea la cabeza. Y continúa gritando, como un animal aterrorizado. Sus propios gritos se convierten en el único réquiem que despide a sus víctimas. Sólo espera que Amelia no esté mirando. Matar. Matar. Matar.

Cuando se calma, la barra de hierro parece pesar una tonelada. La deja caer. La sangre de los hombres a los que acaba de liquidar le chorrea por la cara y por las manos. Entonces ve que la chica ya está muerta.

—¿Luis?

Amelia sale de la tienda con los ojos cerrados.

—¿Qué haces? —pregunta Luis.

—Me pediste que no lo viese. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí.

Se acerca y le acaricia la cara con la mano.

—¿Cómo está?

—¿Quién?

—La chica. ¿Cómo está?

—Ha muerto, cariño. Lo siento.

Luis se mira así mismo y ve que los vendajes están ensangrentados, las heridas de las balas le escuecen, se siente fatigado, a punto de desmayarse. Le pasa la mano a la niña por la espalda y la conduce a otra de las tiendas. Es el momento de sopesar la situación y no sabe ni por dónde empezar.

—¿Qué viste cuando nos trajeron aquí?

—Troncos de árboles secos.

—¿Sabes si hay más hombres?

—Sí, hay otros dos o tres más. Esta mañana les escuché decir que se irían de caza y que volverían al anochecer.

Es vital saber qué hora es. Luis mira a su alrededor, la tienda en la que se han metido parece el almacén de la comida. Hay viejas latas y recipientes que contienen algún tipo de carne.

—Tienes que comer algo, cariño.

—Y tú necesitas más vendas y que te mire las heridas.

—Ahora no tenemos tiempo, comeremos algo y después iré a buscar un arma.

—No quiero que te alejes.

—No iré lejos, no salgas de la tienda.

Las peores cosas, las que dan más miedo, suceden siempre de noche. Amelia se refugia en la tienda de la comida, mientras Luis recorre el campamento con una linterna y una pistola que ha recogido de uno de los cadáveres. Las lámparas de aceite les pueden delatar, pero Amelia no quería quedarse sola en la oscuridad. Hay siete tiendas de campaña en total instaladas en el Retiro. De niño, Luis había paseado por el parque con sus abuelos; entonces todo era verde y no le daba miedo. Ahora, se siente como un niño pequeño atrapado en un cuento de monstruos. Sostiene la pistola en alto y abre otra de las tiendas, enfocando con la linterna hacia el fondo. Hay un tanque lleno de algún líquido parecido al agua. Dentro hay algo que parece un feto. Luis se acerca un poco y lo toca con la mano. Es el cuerpo de un niño, tiene la piel ennegrecida. No parece ni humano, es un fantasma, un despojo del mundo. Está conectado a un respiradero y sumergido en agua como si quisieran conservarlo incorruptible al paso del tiempo. En un lateral del tanque, hay una etiqueta que lo identifica: «Varón. 5 años. Cáncer de piel.»

Entonces, de pronto, el niño abre los ojos y mira a Luis. Tiene las cuencas oculares vacías. El feto levanta la mano y trata de tocar a Luis. La pistola le tiembla en la mano y no sabe qué hacer. Y, por fin, grita y echa a correr.

Cuando vuelve a la tienda de campaña con Amelia, Luis prepara las mochilas. Oyen pisadas dentro del recinto formado por las tiendas de campaña. Hay gente dentro del campamento. Luis agarra a la niña y se esconden debajo de las cajas de comida. Y entonces los ve. Uno de ellos lleva una máscara de gas con unos tubos saliendo de la base y con grandes aberturas en los ojos. Si esperan un minuto más, llegarán hasta el fondo del campamento y verán los cadáveres de sus compañeros, las cadenas rotas y la jaula volcada en el suelo. Estarán muertos. Un minuto más y se termina el viaje. Ambos saben que no sobrevivirán, que dejarán la vida como fantasmas. Les queda un minuto más. El último minuto.